

# Colección DIVA

Número 17 – Abril del año 2000

Dirección: Silvia Elena Tendlarz ([stendlarz@pccp.com.ar](mailto:stendlarz@pccp.com.ar))  
Secretaria de redacción: Patricia Schnaidman ([schnaidp@cvtci.com.ar](mailto:schnaidp@cvtci.com.ar))  
Comité de redacción: Marcela Giandinotto y Maritza Reynoso

## UNA CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA SUMISION EXTREMA EN LA MUJER

**ANNIE REICH**

*Annie Reich, que sigue la orientación de Fenichel, se interroga en el presente artículo sobre el goce sexual que puede experimentar una mujer que mantiene una relación "masoquista", sumisa, con el hombre que ama. Contraponen este tipo de mujeres a las "muchachas-falo" analizadas por Fenichel. Este texto fue publicado por primera vez en Psychoanalytic Quarterly 9 (1940).*

El propósito de esta contribución es favorecer nuestra comprensión del desarrollo mórbido en el carácter de la mujer en extremo sumisa al hombre y explicar determinado aspecto neurótico de su vida amorosa. Una investigación acerca de este tipo de perturbación de la relación con los objetos puede también arrojar alguna luz sobre ciertas propiedades de las relaciones de objeto inmaduras en general.

En la lengua alemana existe la expresión específica *Hörigkeit* para la cual no parece existir un equivalente inglés preciso; el término "sumisión extrema" nos será adecuado para este fin. Por este término entendemos una especial dependencia de un adulto respecto de otro: la imposibilidad de vivir sin el *partenaire*, la voluntad de obrar acorde a todos sus deseos sacrificando

todos los intereses propios, toda independencia y confianza en sí mismo. Pienso que tal sumisión extrema es un cuadro clínico claramente definido que puede mejor ser considerado como una perversión. Se encuentra tanto en hombres como en mujeres, pero ya que mi material clínico comprende sólo casos femeninos, me restringiré a discutir los mecanismos en juego en la mujer. Es posible que los que se presentan en el hombre sean similares.

Susan, de veintinueve años de edad, había estado viviendo por el término de nueve años en tal relación de sumisión con un hombre sumamente brillante pero muy narcisista. Este hombre estaba muy perturbado sexualmente y tenía serios inconvenientes en el coito. Pasaron seis años antes de que cediera finalmente a las insistentes exigencias de Susan, pero

aún después sólo estaba dispuesto a tener relaciones en ocasiones muy infrecuentes. La vida con este hombre era un perpetuo cortejo de parte de Susan. No obstante el hecho de que su vida se hubiera tornado una larga serie de decepciones y rechazos, vivía sólo para este hombre. Antes de él, Susan había tenido numerosos amigos íntimos, pero de algún modo él era el "indicado". Sólo quería estar cerca de él, compartir su vida. Lo seguía a todas partes, hasta abandonar su carrera, su familia, todos sus intereses anteriores.

A pesar de ello, Susan se sentía recompensada por la colmante felicidad que experimentaba cada vez que lograba dormir con su amante; entonces era totalmente feliz y tenía la sensación de estar completamente fusionada con él. "Nos volvimos una sola persona", decía. "Él es yo y yo soy él".

La sobrevaloración de la relación sexual vista en Susan es típica de todos los casos similares. Otro ejemplo de esto era Mary, de treinta años de edad, casada con un hombre narcisista que la maltrataba y salía frecuentemente con otras mujeres. Como Susan, Mary estaba profundamente unida a su esposo de un modo en extremo sumiso. Soportaba todos sus insultos y brutalidades sólo para experimentar la dicha de tener relaciones con él. Al describir sus sensaciones durante el coito, decía: "Las barreras entre él y yo no existen ya. Siento lo que él siente; hasta pienso lo que él piensa. Somos una persona, y el único deseo que tengo es morir, desaparecer en ese preciso instante".

En estos casos de sumisión extrema en la mujer el coito es una experiencia de extraordinaria intensidad. Ya que el sentimiento de dicha en esta *unio mystica* no puede explicarse sólo por la sensación del orgasmo, procuremos investigar un poco más profundamente la cuestión.

En la mujer sumisa, el éxtasis especial del coito debe ser considerado junto al trasfondo de ansiedad,

desesperación e impotencia que experimenta cuando está separada del objeto de su amor o cuando su amante la rechaza. Mary lo describía del siguiente modo: "Estoy completamente perturbada, como si estuviera envenenada. Es como si estuviera en un mundo vacío, frío y oscuro, totalmente sola. Es la soledad absoluta". La descripción dada por Susan era algo similar: "Siento como si estuviera en un agujero oscuro, enteramente sola. Todos los otros hombres están muertos. No puedo hacer nada".

Es digno de notar que la autoestima de la mujer sumisa cae a un nivel sorprendentemente bajo cuando se halla alejada de su amante. Por otra parte, se sobreestima al hombre; se lo considera muy importante, un genio. Es el único hombre digno de amor.

La mujer sumisa parece haber renunciado completamente a su propio narcisismo. Es como si hubiese proyectado su narcisismo en el hombre; desarrolla una especie de megalomanía en relación a él. En la magia de la *unio mystica* recupera finalmente, a través de la identificación, el narcisismo que ha abandonado.

La historia de Susan lo muestra claramente. Era peculiarmente compulsiva en su trabajo: por ejemplo, sentía que nunca podría encontrar un cuaderno de ejercicios del tamaño "adecuado" en el cual escribir los temas científicos más complicados en el orden "adecuado". Si luego de innumerables esfuerzos lograba hacerlo una vez, caía entonces en un estado de entusiasmo narcisístico. Comenzó a estudiar filosofía pero finalmente lo abandonó por considerarlo demasiado difícil. Un breve tiempo después conoció al hombre que luego sería su marido. Era filósofo, y se enamoró irremediamente de él. Era totalmente consciente de la fantasía de que podría llegar a comprender filosofía gracias a su amor por este hombre. La perfección que Susan no podía alcanzar por medio de sus propios esfuerzos, sino sólo gracias a la unión con un hombre en

el coito, era el pene; ésto se hizo totalmente claro en su análisis.

Mary, nuestra otra paciente sumisa, también había luchado por la masculinidad desesperada e infructuosamente. Halló también una satisfacción sustitutiva, indirecta, en la grandeza de su marido. Hablando de su apuesto esposo, decía: "Es alto, delgado, vigoroso y fornido. ¡Su cuerpo es como un gran pene!".

De niñas, ambas mujeres habían imaginado que durante el coito la mujer obtenía el pene del hombre y lo conservaba. Pero la sola presencia de esta fantasía no clarifica el problema de la sumisión. El proceso de obtener el pene deseado de un modo mágico a través del coito parece ser frecuentemente la solución de los conflictos masculinos en las niñas normales. La niña normal también debe renunciar a sus deseos masculinos de la pubertad y es también parcialmente recompensada por el amor de un hombre. A partir de aquí debemos buscar factores que determinen más específicamente el desarrollo de la conducta de sumisión extrema. La pregunta respecto de qué distingue a la mujer normal de la sumisa en extremo es la más importante, en tanto bajo ciertas condiciones sociales, por ejemplo las predominantes en el siglo diecinueve, la esposa obediente que dependía sumisamente de su esposo representaba el ideal de la sociedad.

Un factor que atañe más específicamente al problema de la sumisión en determinadas mujeres es su tendencia a enamorarse de hombres que las maltratan y humillan. Si suponemos que estas humillaciones son una parte inseparable de su vida amorosa, debemos buscar otros signos de tendencias masoquistas. Y en efecto, podemos encontrarlos. Primero, estas mujeres consideran al coito como un acto de violencia, o en una forma más sublime, el acto puede experimentarse como una disolución mística de la persona que tiene su clímax en la muerte

durante el orgasmo. Asimismo, las humillaciones a las que la mujer sumisa se halla sometida son obviamente una parte del juego amoroso: cuanto más profunda es la desesperación resultante del maltrato o de la separación del amante, mayor es la felicidad del reencuentro. El proceso parece constar de dos partes: lo que es destruido en la primera es reparado en la segunda. La naturaleza masoquista de la complacencia hacia el grande puede verse claramente también en las fantasías masturbatorias de la niñez. La pequeña Mary soñaba: "Un padre opera el pene de un niño pequeño. Luego quiere mucho al niño". Más tarde en su vida, la relación sexual es una realización de esta fantasía: la mujer debe ser primero castrada y aniquilada por el hombre para después ser amada. Encontramos en esa experiencia de éxtasis una unificación de tendencias y emociones contradictorias. Los éxtasis representan al mismo tiempo la castración y la restitución del pene, así como la muerte y la resurrección.

Antes de lograr entender por completo este extraño proceso, debemos examinar otro aspecto del comportamiento de las mujeres sumisas: su extrema pasividad. Si debe realizar algo sola y sin ayuda, la mujer sumisa es incompetente. Esto no se debe a que carezca de habilidad -todas las mujeres sumisas que he analizado eran inteligentes, notables y altamente evolucionadas- sino porque faltaba el impulso hacia la actividad. La mujer sumisa quiere permanecer pasiva mucho más allá del terreno de la sexualidad. El hombre debe dar siempre el primer paso; ella quiere ser sólo su órgano ejecutivo. Si el hombre inspira u ordena algo, ella puede realizarlo, pero la acción independiente no tiene asociado tal placer.

El síntoma principal por el que Susan vino al análisis era su incapacidad para hacer algo por sí misma. Durante el análisis llegó a comprender que cada acción emprendida por sí misma era

iniciada en contra de una gran resistencia, porque mostraba que se encontraba del todo sola y sin su compañero. Mary también se quejaba mucho de su falta de iniciativa y su improductividad. Sólo era capaz de hacer algo si otro le daba órdenes. En las conversaciones siempre tenía que acordar con su pareja porque, como ella decía, no poseía inteligencia suficiente para efectuar evaluaciones independientes. De hecho, encontraba placer en este tipo de subordinación intelectual y en cada conversación desarrollaba una especie de sumisión en miniatura.

La inclinación a la pasividad revela una muy intensa sexualización de toda la vida. Las mujeres que muestran este tipo de sumisión quieren continuamente atención y amor de parte de sus hombres. La necesidad de acción independiente representa ya para ellas soledad y falta de amor. Aprenden sólo en parte a renunciar a la continua ganancia de placer y a ajustarse a los requerimientos de la realidad. Su actitud sumamente infantil está cristalizada de modo evidente en la siguiente fantasía: "No tengo pene; no puedo hacer nada sola; debes darme continuamente algo; debes hacer siempre algo por mí".

Un análisis más amplio de la mujer sumisa revela de modo característico que sus problemas surgen con anterioridad a la fase fálica. Están enraizados en una fijación infantil a la madre. El niño espera de ella protección, cariño, alimento -en suma, todo tipo de atenciones-. Esto fue visto más claramente en el análisis de otra mujer sumisa. Frances, de treinta años, había perdido a su madre cuando tenía cuatro, luego de lo cual fue enviada durante un año de un hogar adoptivo a otro, hasta que su padre finalmente le dio otra madre por medio de un nuevo matrimonio. La niña se pegaba desesperadamente a su nueva madre y quería ser aseada, alimentada, amada y cuidada todo el tiempo. En su vida posterior se observó la misma demanda de atención continua. Al complacer

masoquísticamente a un hombre muy brillante trataba de hallar el cumplimiento de estos deseos a través del arrobamiento de una unión extática.

En la niñez de Mary esta especial dependencia de la madre jugó un papel muy importante. No quería hacer nada sin su ayuda. Tenía una fantasía acerca de un ser poderoso que sabía exactamente qué necesitaba y le satisfacía cada necesidad sin que lo pidiera. En su niñez posterior, lo que esperaba obtener de su madre era el pene. Originariamente, sus deseos habían sido anales y orales. Estas tendencias permanecieron inalteradas, entrecruzándose, superponiéndose, y desplegándose ambas en la relación de sumisión a su esposo. Los deseos originariamente dirigidos a la madre reaparecían en una relación amorosa extática con un hombre.

Al describir este estado de éxtasis enfatizamos repetidamente que la individualidad se disuelve en la completa unión con el hombre. Podríamos también entender esta unión con el ser grande y poderoso como una fusión mágica con la madre. Es como volver al tiempo en que el yo estaba por formarse y los límites entre el yo y el mundo externo estaban poco claros aún y sólo se experimentaban dolorosamente en momentos de frustración y tensión. Helene Deutsch<sup>1</sup> considera que la sensación de éxtasis se basa en la restitución de una unidad mayor en el yo cuando describe la experiencia extática del orgasmo en términos de fusión de los instintos del yo y del superyó y al mismo tiempo con un mundo exterior, por otra parte, hostil y rechazante, privador.

En el análisis de Mary se comprobó que la experiencia extática del orgasmo representaba una fusión con la madre. En la niñez, cada vez que se separaba de su madre, Mary temía que muriese. Sufría terriblemente cuando su madre estaba descontenta o enojada con ella.

---

<sup>1</sup> H. Deutsch, *Zufriedenheit, Glück, Ekstase*. Int. Ztschr. f. Psa., XIII, 1927.

Al verla nuevamente luego de una ausencia o en la reconciliación, sentía la misma intensa felicidad que posteriormente experimentaría en su unión con un hombre. Recordaba haberse dormido en la cama de su madre con un indescriptible sentimiento de dicha absoluta, abrazada a la tibia espalda de la madre. Posteriormente, después de tener relaciones sexuales, solía quedarse dormida en la misma posición.

Naturalmente, reconocemos el temor que se cernía sobre la niñez de Mary, que la madre pudiese morir, como una expresión de la hostilidad reprimida dirigida contra esa fuente de toda satisfacción a veces cruel. La hostilidad fue luego desviada de la madre y orientada hacia el esposo, pero permaneció reprimida. De este modo, la extrema ambivalencia infantil no fue superada con el posterior cambio de objeto, sino meramente dirigida en otras formas. La transformación más importante fue en masoquismo. La hostilidad que había sido reprimida se descargaba explosivamente sobre sí misma durante el coito mediante la identificación con el hombre, brutal y sádico. En esos momentos solía sentir un intenso placer pero experimentaba una especie de escisión de su personalidad. Al mismo tiempo que sentía placer sexual como una mujer, solía también sentirse como un espectador observando la conquista de una mujer. Frecuentemente tenía la fantasía de ser un hombre y hacerle lo mismo a una jovencita. Asimismo, algunas de sus fantasías masturbatorias revelaban la coexistencia de disposiciones pasivas y activas: primero, un niño (varón) es castrado por su padre; luego el abuelo lleva a cabo la misma operación sobre el padre.

La ansiedad y desesperación que Mary experimentaba al separarse de su esposo se erotizaron secundariamente hasta incrementar la intensidad de la gratificación sexual posterior. Durante el análisis se dio cuenta de que en tal estado de desesperación realmente sentía odio y envidia hacia el hombre

que le negaba su grandeza, su pene. Una vez, en tal estado, mordió brutalmente la brocha de afeitarse de su marido, y sus sueños subsiguientes mostraron con claridad que quería arrancarle el pene de un mordisco. Pero una explosión de ira tan franca sólo pudo suceder cuando su matrimonio estaba por terminar en fracaso. Esta expresión de ira significaba un colapso de todo el mecanismo de sumisión. Mientras el matrimonio funcionaba, su hostilidad básica estaba suficientemente neutralizada por su erotización secundaria; podía soportar la tortura de estar sola a fin de acrecentar la dicha de la reconciliación que le seguía. Cuando el matrimonio empezó a naufragar, la represión falló.

Si bien una cierta sobrevaloración del objeto es característica de la relación amorosa normal, la mujer sumisa tiende a dotar a su objeto de una grandeza especial. Sólo con tal objeto es posible la *unio mystica*, la relación extática en la cual se satisfacen todos los deseos secretos y se neutralizan toda agresión, toda ansiedad y toda culpa.

¿Qué ocurre si una mujer de este tipo se involucra en una relación con un hombre "promedio"? Aquí, en contraste con su comportamiento para con un hombre admirado, se abre paso su agresión. Ésto puede ilustrarse en el caso de Frances, cuya fijación estaba determinada por la muerte de su madre cuando tenía cuatro años. Frances había estado ligada sumisamente a un hombre "importante" durante diez años. Esta ligazón llegó a un final abrupto cuando murió el hijo de su amante. Un poco después, Frances comenzó una nueva relación sexual pero de muy distinto tipo. Su nuevo amante, muchos años menor que ella, era un hombre bueno y sencillo, que sentía gran cariño y admiración por ella. De él, demandaba y obtenía seguridad económica. Pero en la relación no había nada de su devota condescendencia anterior. Aquí ella dominaba, pero debía luchar con intensos sentimientos de culpa. "No amo a este hombre", solía decir en tono meditativo. "Me aprovecho

de su cuerpo joven, de su ternura, de su dinero. Si no lo quiero lo pongo en la heladera, por así decirlo, para tenerlo listo cuando lo necesite nuevamente". Utilizaba al hombre como un instrumento. Para ella, no era un ser humano sino sólo un pene convenientemente a su disposición. Soñaba con satisfacerse con un pene separado del cuerpo.

Asimismo, Susan se sentía egoísta y culpable cuando mantenía una relación sexual con un hombre que no era "el indicado". "No lo amo", sentía; "Sólo me aprovecho de él".

En esta forma de relación sexual el objeto no está intacto; el hombre no aparece como ser humano sino sólo como medio de gratificación de un instinto.

Esta falta de consideración por el objeto es característica de la prostituta. Ella puede ser sumisa y masoquista en manos de un matón mientras abusa, explota y destruye a muchos otros hombres. Aquí no hay identificación con el objeto, ni sentimiento, ni interés en la individualidad.

La mujer sumisa trata de dominar la actitud implacable y destructiva que la prostituta vive en su vida amorosa por medio de la represión. Se esfuerza mucho en preservar su creencia en la grandeza y singularidad de su hombre porque sólo su sobrevaloración le permite mantener reprimido el odio subyacente. Una glorificación ciega e incondicional del objeto le asegura una relación duradera con él.

Sin embargo, esta represión forzada es difícil de mantener. Mary, por ejemplo, estaba siempre evaluando furtiva y ansiosamente a su admirado esposo para ver si realmente era tan grande, tan brillante y tan hermoso como ella lo había pintado. Tenía una continua ansiedad de que pudiera descubrir en él algo estúpido, feo o ridículo. Naturalmente, para ahogar este temor tenía que inflarlo mucho para mantener a su objeto en un perpetuo estado de inflación. Esta ilusión ha de romperse y con eso suelen emerger los impulsos primitivos,

agresivos, coprofágicos y canibalísticos que predominaban en relación a la madre en la temprana infancia. La lucha por mantener este equilibrio es característica de todas las relaciones objetales en las mujeres sumisas. Hay una tendencia a simular bondad, calidez y cariño hacia todas las cosas.

Esta inclinación a destruir, presente como tendencia crónica, no es en esta forma característica de la actitud infantil temprana de la cual deriva de hecho. Este impulso domina el estado emocional del infante sólo si su sensación de bienestar es interrumpida por el dolor o la frustración. Entonces el objeto que se niega es deseado intensamente, pero sólo en tal caso es al mismo tiempo odiado y destruido.

Esta alternancia entre el amor ilimitado y el deseo de destruir, que depende de si se gratifican o no los deseos inmediatos, se observó claramente en el análisis de un paciente esquizofrénico. En un momento el mundo era maravilloso, su belleza entraba a su cuerpo como una corriente de leche tibia; al instante siguiente todo era gris, sin color, odioso. Para producir este cambio era suficiente el desarrollo de una tensión interna menor: por ejemplo, si tenía sed y la anhelada bebida no llegaba a él mágicamente sin la necesidad de levantarse y procurársela. O si su novia lo hacía esperar dos minutos, su amor se esfumaba; no quedaba nada sino odio y deseo de destruir.

Este paciente se comportaba como un bebé en su primer mes de vida. En esta etapa hay una completa intolerancia a la tensión y a la frustración. El objeto es amado sólo si satisface cada necesidad. La vida es una sucesión de momentos discontinuos; no hay recuerdo de ningún tipo. El hecho de que el objeto haya sido bueno hasta ahora es emocionalmente insignificante. El infante no puede recordar, ni esperar, ni entender que puede haber una gratificación posterior. Todo lo que puede hacer es enfurecerse.

La conformidad con el principio de placer, la continuidad emocional y la disminución de las oscilaciones del humor se logran en una variedad de formas en el curso del desarrollo normal. En las mujeres sumisas ésto se intenta mediante la elevación narcisista del objeto, mediante la placentera satisfacción de la experiencia extática del amor, y finalmente mediante la transformación de la agresión en conducta masoquista. En lugar de las relaciones indeterminadas e inestables de la etapa temprana, hay desarrollada una única, invariable y exagerada fijación al objeto.

Esta solución a un conflicto infantil no es la más exitosa que pueda obtenerse. La "muchacha fálica" descrita por Fenichel<sup>2</sup>, por ejemplo, ha encontrado un arreglo algo similar pero más estable. Esta mujer se identifica con el órgano deseado del objeto por medio de la incorporación mágica. Es ahora una parte del hombre -su pene-. La "muchacha fálica" no es llevada hacia el masoquismo y no está tan amenazada como la mujer sumisa por una inestable ambivalencia hacia el objeto. Mediante la incorporación del órgano deseado del objeto le es posible vivir siempre en un estado de satisfecho narcisismo.

#### SUMARIO

Una relación a los objetos sana es aquella donde el amor al objeto puede mantenerse aún si el objeto es el agente de decepciones o frustraciones temporarias. Ésto es posible por el desarrollo de un yo capaz de manejar la realidad. Cuando hay interferencia en este desarrollo se obtiene como resultado una perpetuación de los conflictos infantiles tempranos. La sumisión masoquista en las mujeres es una forma de intentar resolver estos conflictos.

Traducción: Marcela B. Giandinoto

---

<sup>2</sup> Fenichel, Otto: *Die symbolische Gleichung: Mädchen-*

---

*Phallus*. Int. Ztschr. f. Psa., XXII, 1936, pp. 299-314.

## **Números mensuales aparecidos de la *Colección Diva*:**

### **1998**

- Nº 1 (julio): "Saber del feminismo", por Graciela Musachi.  
Nº 2 (julio): "Bibliografía de Jacques-Alain Miller en español", por Silvia Elena Tendlarz.  
Nº 3 (agosto): "La sexualidad femenina temprana", por Ernest Jones.  
Nº 4 (setiembre): "Introducción a la política lacaniana", por Jacques-Alain Miller.  
Nº 5 (octubre): "El ángel exterminador. Reflexiones actuales de política lacaniana", por Miquel Bassols.  
Nº 6 (noviembre): "Acerca de un motivo en la formación del superyó femenino", por Hans Sachs.  
Nº 7 (noviembre): "La epopeya de Lacan. Seminario de política lacaniana II", por Jacques-Alain Miller.  
Nº 8 (diciembre): "El modelo y la excepción", por Eric Laurent.

### **1999**

- Nº 9 (marzo): "La relación entre fantasías de flagelación y un sueño diurno", por Ana Freud.  
Nº 10 (abril): "La experiencia del pase", por Germán García.  
Nº 11 (mayo): "Incidencias terapéuticas de la toma de conciencia de la envidia del pene en la neurosis obsesiva femenina", por Maurice Bouvet.  
Nº 12 (junio): "El estadio fálico", por Ernest Jones.  
Nº 13 (julio): "Las dos frigideces de la mujer", por Marie Bonaparte.  
Nº 14 (agosto): "La metáfora universal", por Jules de Gaultier.  
Nº 15 (setiembre): "La ecuación simbólica muchacha = falo", por Otto Fenichel.

### **2000**

- Nº 16 (marzo): "Reflexiones sobre el tratamiento de un caso de neurosis obsesiva", por Rudolf Loewenstein.

## **Biblioteca de la *Colección Diva*:**

- Nº 1: *Política lacaniana*, seminario dictado por Jacques-Alain Miller, 1999.  
Nº 2: *Hay un fin de análisis para los niños*, Eric Laurent, 1999.